

  
**SERMON**  
**DE LA TRANSFIGURACION**  
**DEL SEÑOR,**

para el Domingo segundo de  
Quaresma.

*Assumpsit Jesus Petrum, et Jacobum,  
et Joannem fratrem ejus, et duxit  
illos in montem excelsum seorsum,  
et transfiguratus est ante eos. Mat-  
thæi XVII.*

SEÑORES:

¿Qué diferencia tan notable entre  
el asunto de la presente Dominica,

y el de la antecedente! Allí se nos representa á Jesu Christo tentado, y aqui glorificado. Allí le vemos penitente y hambriento, como viador y mortal, y aqui mas brillante y resplandeciente que el sol, como verdadero comprensor y bienaventurado. Allí el comun enemigo lo eleva sobre un monte encumbrado, para manifestarle como en mapa todos los Reynos del universo, y los mayores encantos de su gloria mundana, prometiéndoselo todo, como si él fuese su dueño, si postrado le adoraba; aqui vemos al mismo Criador del cielo y de la tierra, Rey de Reyes, y Soberano de la naturaleza, que hecho Hombre por nuestro amor, y conversando familiarmente con nosotros, toma consigo á tres de sus discípulos, y subiendo con ellos á un monte excelso, se transfigura en su presencia, no para manifestarles el falso brillo de la gloria mundana, ni sus aparentes y falaces atracti-

vos, sino el verdadero esplendor de la bienaventuranza, que le correspondia como á justo por excelencia, xefe y cabeza de los predestinados, para aficionarlos y atraerlos á la eterna felicidad. A este fin los dexa participar, segun su capacidad de viadores, de los dotes gloriosos, principalmente de la claridad que pertenecia á su cuerpo en quanto comprehensor, no solo por su union hipostática con la Divinidad, sino por la bienaventuranza de su alma.

Mas aunque esta maravillosa vision hizo una impresion tan fuerte en el ánimo de San Pedro, que abortó en ella misma, y como fuera de sí, le hizo exclamar: *Señor, buenos estamos aqui: hagamos en este lugar tres tabernáculos, uno para vos, otro para Moyses, y para Elías otro;* sin embargo es preciso conocer, que este fue un rasgo momentáneo, y solo una figura ó símbolo de la bienaventuranza. De consiguiente el ine-

fable misterio de la Transfiguracion que nos anuncia el evangelio de este dia, no solamente debe confirmar nuestra fe sobre la vida bienaventurada, sino animar tambien y encender nuestra esperanza en orden á las recompensas eternas que tiene Dios preparadas á los que le aman: ¡dones inestimables, y únicamente capaces de saciar el alma! ¡incomparables recompensas! dignas de la magnificencia del Señor, cuyo objeto adorable es el mismo Dios.

En vano pues me fatigaria yo en discurrir asunto raro y peregrino para este dia, quando tenemos el cielo abierto, término de nuestra peregrinacion. Sí señores, el cielo, nuestra patria permanente, la gloria digo de los bienaventurados, que consiste en ver y gozar de Dios eternamente, es el grande objeto de la Iglesia, y la dulce recompensa del exácto cumplimiento de los deberes de la religion que profesamos. ¡Qué

estímulo tan poderoso para fixarnos en nuestro último fin! En efecto, ¿quién será capaz de separarnos de esta idea, si consideramos que la gloria representada en la Transfiguracion de Jesu Christo es en primer lugar la recompensa que nos prepara el Señor en su magnificencia; y en segundo, que ésta consiste en el mismo Dios: dos breves reflexiones que abrazan toda la materia, dignas ciertamente de esta cátedra, y á propósito para vuestra instruccion. Pidamos las luces del Espíritu Santo por medio de la poderosa intercesion de María Santísima. Saludémosla humildes con el ángel del Señor. *Ave María.*

*Assumpsit Jesus &c.*

**L**as obras del Señor siempre fueron perfectas, como emanadas del

principio y origen de toda perfeccion. Mas su infinita sabiduría, que todo lo dispone en número, peso y medida, se dignó atender á nuestra limitacion, manifestándonos únicamente en ellas aquella luz y resplandor que somos capaces de sufrir en esta vida mortal; reservando para la eterna la manifestacion de lo que es en sí, y la participacion de aquel inefable torrente de delicias, que debe embriagar para siempre el espíritu de sus escogidos.

Asi aunque mientras estuvo Jesu Christo sobre la tierra, se dignó darnos pruebas sensibles de la verdad de sus promesas en orden á la gloria preparada á sus siervos en el siglo futuro; ya quando en su Transfiguracion permitió que la claridad debida á su sacratísima Humanidad difundiese algunos rayos sobre su divino rostro y vestidos, haciéndole brillar mas que el sol sobre la blancura de la nieve; ya quando en el

dia de su gloriosa Ascension se elevó por su propia virtud sobre las álas de los vientos, no con la rapidez de Elías, sino con lentitud, como quien va á tomar posesion de un Reyno inmortal, en cuyos derechos nos habia restituido con su propia sangre, y del qual como xefe nos abria las sendas, segun la expresion de un Profeta: con todo, es preciso confesar, que este esplendor de magestad no es mas que una figura ó simbolo de la gloria futura; pues como el hombre no puede ver intuitivamente á Dios en vida, segun su mismo oráculo, le reserva para la eternidad el complemento de sus divinas recompensas.

El Verbo eterno, por quien todas las cosas fueron hechas, trazó en la eternidad el plan de estas moradas celestiales, no hechas por mano de los hombres, como dice San Pablo, sino fabricadas por sí mismo para su permanencia. Como es la

bondad por esencia, quiso hacer comunicables sus dones. De la misma masa de perdicion se dignó elegir segun su beneplácito unos héroes de santidad, que desconocidos y aun despreciados comunmente de los mundanos, le adorasen en espíritu y verdad. Apóstoles zelosos, que á costa de trabajos, peregrinaciones, persecuciones, y aun de su propia vida, llevasen su adorable Nombre delante de los Reyes y Príncipes de toda la tierra, estableciendo la fe del Crucificado desde el oriente al occidente, desde el aquilon al mediodia. Eremitas austéros, que encerrados como inocentes palomas en las cavidades de las peñas, viviesen en continua contemplacion del cielo, este libro abierto, en que resplandecen las maravillas del Señor. Víctimas de penitencia, angustiados, afligidos, errantes por los desiertos, fugitivos como Elías de la crueldad de los tiranos, vestidos de pieles toscas

como el Bautista, y haciendo frente á la iniquidad, hasta agonizar por la justicia. Mártires invictos, confesores ilustres, vírgenes inmaculadas y esposas del Cordero, que por seguir con fidelidad á Jesu Christo, se ofrecerian víctimas voluntarias en las aras de su amor, alegres en las tribulaciones, y llenos todos de un gozo inexplicable de ser hallados dignos de padecer oprobrios en nombre de su Salvador.

¿Qué os parece, señores, del destino de todas estas grandes almas, que por seguir fielmente á Jesu Christo, promover su honor y gloria, y acreditar su doctrina, han perseverado hasta el fin de su carrera alabándole y bendiciéndole entre los tormentos, las persecuciones y el desprecio de los mundanos? ¿Vivirán eternamente en el olvido, oprobrio y abandono que han sufrido durante su peregrinación? ¿Qué, no ha preparado el Señor un premio

correspondiente á sus siervos? ¿Tendrán por ventura igual aceptación delante de Dios los soberbios que los humildes? ¿los puros que los sensuales? ¿los avarientos que los misericordiosos? ¿los penitentes que los disipados en la mesa y en el lujo? ¿los discípulos fieles de Jesu Christo que los esclavos de satanas? Lejos de aqui, ideas insensatas. La verdadera religion de nuestros padres nos enseña, que al justo tiene el Señor preparada una gloria inmortal, una recompensa eterna: ¡recompensa inefable! en la qual solamente es Dios magnífico, como se explica Isaías: *Quia solummodo ibi magnificus est Dominus Deus noster.*

Es verdad que aun en vida suele el Señor consolar los justos, haciéndolos participar de indecibles delicias para fortalecerlos en sus mayores tribulaciones. Es verdad que los distingue con singulares dones y privilegios, que son muchas veces

materia de admiracion y de terror para los mismos que los desprecian y persiguen. Es verdad que les hace percibir, no rara vez, tanta dulzura y suavidad en su servicio, que prefieren con el Real Profeta vivir despreciados en la casa de Dios, á las comodidades, gustos y diversiones que ofrecen los tabernáculos ó asambleas de los pecadores. Mas todos estos consuelos son pasajeros y momentáneos, correspondientes á su estado de viadores y peregrinos. Quando se vean libres de los vínculos de esta mortalidad, entonces se les manifestará Dios en su magnificencia: *Quia solummodo ibi magnificus est Dominus Deus noster.*

¡Sí, señores, esta pesada carne, estos cuerpos corruptibles, tan expuestos cada instante á las enfermedades y fatigas, se levantarán algun dia purificados é impassibles. Libres ya los de los justos de los rigores del frio y del calor, de los

tormentos y las penas, mas brillantes que el sol y las estrellas, dotados de mayor ligereza que la luz, con la virtud de penetrar los cuerpos, como lo executó Jesu Christo con la losa del sepulcro en el momento de su gloriosa Resurreccion, y despues por las puertas del cenáculo en que estaban encerrados sus discípulos. ¿Qué mas? resplandecerán llenos de gloria y de una delicia inexplicable, transformados en Jesu Christo, cabeza y exemplar de los predestinados, para alabarle, gozarle, y reynar con él eternamente. Este solo destino es el que puede calmar enteramente el ánimo del hombre; pues siendo éste hecho á imagen y semejanza de Dios, no puede quedar saciado su apetito, sino quando se le revele la gloria del Señor, como decia David. Y no siendo esto posible en la presente vida mortal, reserva para la eternidad la recompensa de los justos, porque solamente alli se

les puede comunicar con magnificencia: *Quia solummodo ibi magnificus est Dominus Deus noster.*

En confirmacion de esta verdad, S. Pablo, arrebatado al tercer cielo, donde oyó palabras arcanas, que no es lícito al hombre proferir, nos dice expresamente, que ni el ojo vió, ni oyó el oído, ni ascendió al corazón humano lo que Dios tiene preparado para los que le aman.

¿Qué podré yo pues deciros despues de estos testimonios? Un hombre carnal y terreno, sumergido en el abismo de su misma miseria é ignorancia, ¿será capaz de daros una idea clara de los bienes celestiales? El hombre que diserta de la eternidad, dice S. Gregorio, es semejante al ciego que habla de la luz. ¡Ah! señores, yo me confundo al hablaros de lo que no comprehendo, ni alcanzaron jamas en vida los héroes mas virtuosos y mas sabios. Por tanto, solo me atrevo á deciros con

Isaías, que la magnificencia del Señor para con sus siervos está reservada para la bienaventuranza. Añado con el Real Profeta, que solo podemos ser saciados quando aparezca su gloria, porque entonces le conoceremos y veremos como es en sí; y en esto consiste la eterna recompensa de los justos, cuyo símbolo nos representa Jesu Christo en su Transfiguracion. Seguidme sin desmayar, mientras os demuestro esta mi segunda reflexion.

II. La vida eterna, dice San Juan, consiste en que te conozcan por solo Dios verdadero, y á Jesu Christo, á quien enviaste. En el mundo no vemos á Dios sino como en un espejo y por enigma. Mas en el cielo le veremos cara á cara. Aquí no le conocemos sino imperfectamente, allí le conoceremos y veremos como es en sí. Carísimos, dice el mismo Evangelista, aunque ahora somos hijos de Dios, no podemos decir lo que

seremos en el cielo. Únicamente sabemos, que quando se nos manifieste, seremos en cierto modo semejantes á él, porque le veremos como es en sí. *Scimus autem quoniam cum appa- ruerit, similes ei erimus, quoniam videbimus eum sicuti est.* Quando contempláremos la gloria del Señor á cara descubierta, dice S. Pablo, seremos transformados en su imágen, é iremos de claridad en claridad, por la iluminacion de su Espíritu, que será nuestra luz, segun la expresion del Real Profeta. Consistirá pues la vida eterna, prometida á los justos en el siglo futuro, en ver á Dios y contemplarle en sí mismo, conociéndole como es en sí.

Para entender este misterio, es necesario elevar el espíritu sobre las alas de la fe, á la contemplacion de unas ideas puramente espirituales, y representarse á Dios, como realmente es, una inteligencia infinita, un pensamiento puro, un acto simplicí-

simo y único, que con todos los atributos y perfecciones de su Ser supremo, comprehende todo lo que siempre quiso, ordenó y obró en la extension de todos los siglos.

Si fuera permitido formar su imágen, dice un sabio, podria compararse á el punto céntrico de un círculo, en el qual se reunen y terminan una infinidad de rayos que de él salen. Este emblema tal vez figuraria el principio indivisible de sus perfecciones y de sus obras. Pero dexemos los símbolos y figuras de lo que ni el ojo, ni el oido, ni la razón humana pueden jamas alcanzar en este valle de lágrimas; y contentémonos por ahora con lo que la Iglesia y los Padres, depositarios de la tradicion, nos enseñan acerca de este inefable misterio.

En este único y simple pensamiento, que manifestará Dios á los justos, le verán estos como es en sí cara á cara, segun la expresion de la



escritura. Irán de claridad en claridad, á proporcion que quieran contemplar las perfecciones particulares. Verán en la naturaleza divina los altos é inefables misterios que adoramos, cautivando nuestro entendimiento en obsequio de la fe. *Videbimus eum sicuti est.*

Verán que el Padre engendra un Hijo verdadero, consubstancial, coeterno y omnipotente como él. Verán que de estas dos Personas procede una tercera en unidad de naturaleza, y en todo igual á Hijo y Padre. Verán como este amor que une al Padre y al Hijo, y que caracteriza la tercera Persona, pasa á los hombres, los ilumina, los santifica y los asocia á la Divinidad. Verán que cada Persona divina tiene su operacion interior propia é incommunicable, y que sus obras en la execucion y administracion del universo les son comunes. *Videbimus eum sicuti est.*

Los Santos, dice un contemplati-

vo, verán sin obscuridad lo que solo han percibido sobre la tierra en la nube opaca de la fe. Verán como esta Sabiduría eterna, este Verbo, esta Palabra, por quien todas las cosas fueron hechas, es el mismo Hijo, que tomó nuestra carne, dignándose tomarla para que hiciese con él una sola Persona en todas sus acciones... Verán como por esta elevacion fueron sus méritos de infinito valor; como satisfizo á la Divina Justicia; como solo este Hijo padecía sin alterar su union esencial con el Padre y el Espíritu Santo, que obran en él, y él con ellos.

¿Pero qué digo? Verán claramente y con efusion de reconocimiento el amor incomprehensible con que el Unigénito de Dios se dignó ser semejante á nosotros, para hacernos miembros suyos, sus hermanos y coherederos de su gloria, y como influye en nuestras almas. Verán como el precio y la eficacia de sus

méritos subsistirán eternamente en el cielo, donde es el Xefe, Medianero y Pontífice, en quien estan todas las cosas. *Videbimus eum sicuti est.* Verán este globo de luz, que encierra todos los rayos y el resplandor del Sol eterno, de donde en esta vida solo dexa escaparse algunos débiles reflexos para excitarnos el deseo de contemplar eternamente el origen de aquella Justicia soberana, norma del buen orden, de la subordinacion, de los derechos del príncipe, de la equidad de las leyes, de la sumision de los súbditos, de los deberes de la sociedad. *Videbimus eum sicuti est.*

Verán y gozarán para siempre de esta Sabiduría increada, que es, dice el Sabio, un espíritu de inteligencia, santo, único, multiplicado en sus efectos, sutil, discreto, ágil, immaculado, amante del bien, agudo, irresistible, benéfico, amador de los hombres, benigno, firme, constante, que tiene todo poder, y

abrazo todos los espíritus, inteligible, puro, sutil... porque es un aliento de la virtud de Dios, y como una sincera emanacion de la claridad del Omnipotente... porque es resplandor de la luz eterna, espejo sin mancha de la magestad de Dios, é imagen de su bondad... que renueva todas las cosas, é ilumina las naciones. ¡Qué inagotable manantial de contemplacion, de amor y de alabanzas para los electos, á quienes está preparada tanta felicidad! *Videbimus eum sicuti est.*

¿Qué mas? Allí se descubrirán en su origen y en su claridad los grandes misterios que la fe del justo há tanto deseado conocer, y que le fueron siempre inaccesibles, como San Agustin se explica. ¡Qué dulce complacencia para el alma que entré en el Santuario íntimo y en las potencias del Señor! ¡Qué gloria será ver la rectitud y sabiduría de las obras de Dios, su accion universal

sobre todos los seres del universo, la causa del bello orden que reyna en las leyes de la naturaleza y de la religion! ; Qué delicia , ver aquella bondad tan dulce , que busca á los pecadores , como Saulo y Augustino ; aquella atenta providencia con que cuida aun de los mas viles insectos ! ; aquel corazon tan tierno , de donde han dimanado á nosotros inmensos beneficios ! ; aquellos inagotables tesoros , de donde han salido tantas gracias !

¡ Estado felicísimo ! exclama un Padre de la Iglesia , que no dexa otro cuidado , otro placer , otra ocupacion á los glorificados , que contemplar , alabar y amar á Dios. Quando veamos al Señor cara á cara , añade este Padre , quando le veamos en sí mismo , entonces conocerémos que es la verdad por excelencia ; que por esencia es inmutable ; que no puede recibir aumento ni disminucion ; que será eternamente el mismo , inva-

riable en sus promesas , y magnífico en sus recompensas... Estarémos plenamente satisfechos porque nada nos faltará ; y por quanto el objeto que gozaremos nos contentará completamente , nuestro gozo y satisfaccion serán completos , y los transportes con que dirémos *Amen* siempre serán nuevos. En efecto concluye dicho Padre , como veremos claramente la verdad , cantarémos sus alabanzas sin cesar , y con efusion de corazon.

¡ Ó vida vital ! ; ó vida sempiterna ! dice S. Agustin , ¿ dónde hay gozo sin tristeza , descanso sin trabajo , dignidad sin temor , riqueza permanente , abundancia interminable , salud perpetua , vida sin muerte... y donde los justos ven siempre y gozan de Dios con anhelo y sin fastidio ?

¿ Mas para qué me canso y os molesto ? ¿ Quién puede hablar dignamente de los Santos y de su gloria

inefable, sino los justos mismos? Nadie conoce estas cosas, dice S. Juan, sino quien las recibe: *Nemo scit nisi qui accipit*. Ellos son, como se explica Isaías, los que verán la infinita magestad y hermosura del Rey de todos los siglos. Ellos son únicamente los que pueden deponer por su propia experiencia la verdad de mis dos proposiciones; á saber, que solo en la eterna recompensa de la gloria es Dios nuestro señor magnífico: *Solummodo ibi magnificus est Dominus Deus noster*. La razon de esto es, porque solamente allí se manifestará como es en sí. *Videbimus eum sicuti est*.

Tal será, señores, la vida de los bienaventurados, tal su continua ocupacion. El tiempo de su reposo lo ocupará la contemplacion en Dios, el amor y la alabanza; y como el placer y su objeto serán interminables, durará el cántico por toda la eternidad. ¿Qué mas se necesita, os ruego,

para persuadir y determinar al cristiano al cumplimiento de las leyes evangélicas, cuya obediencia y práctica debe ser tan magníficamente recompensada?

¡ Ah! ¿ qué no hacen las gentes del siglo para conseguir sus miras temporales, vanas, perecederas, y las mas veces criminales? ¿ Con qué solitud no desentrañan la tierra, sulcan intrépidos los mares, velan de dia y noche calculando el producto de sus intereses para aumentar el oro, que es su ídolo favorito? Omíto las extraordinarias diligencias y el anhelo infatigable de los esclavos de la ambicion y de otras mas viles pasiones que el pudor me hace pasar en silencio. ¿ Y no trabajaremos por conseguir una corona incorruptible, como nos reconviene S. Pablo? ¡ Ah! hermanos míos, yo me estremezco quando leo en este Apóstol de las Gentes, que ni los sensuales, ni los nefandos, ni los ladrones, ni los

avarientos, ni los ébrios, ni los maldicientes, ni los reos de iniquidad poseerán el reyno de Dios, si no hacen en tiempo frutos dignos de penitencia.

¿Pues quién será, Señor, clamaba el Real Profeta, el que ascienda al monte excelso de la gloria? ¿Quiénes ocuparán el lugar santo? El que conserve, responde, sus manos inocentes y puro su corazón. Los humildes de espíritu, los misericordiosos, los que padecen persecucion por sostener la justicia, los mansos de corazón; de una vez, el que perseverará hasta el fin amando á Dios con todas sus fuerzas, con toda su mente, con toda su alma, y á su próximo como á sí mismo; éste poseerá el Reyno de los cielos, segun el oráculo de Jesu Christo; éste obtendrá la divina misericordia del Salvador; éste en fin recibirá la bendición del Señor.

Meditemos pues, señores, en la

ciudad de Dios, nuestra amable y verdadera patria. Imitemos, os ruego, á los Israelitas, quando sobre los rios de Babilonia suspiraban y gemian por su amada Jerusalem. El cielo, donde á Dios se goza, es sin duda nuestro único bien, y la mayor felicidad á que podemos y debemos aspirar. Trabajemos pues sin cesar por conseguir esta eterna recompensa, preparada por el Señor en su magnificencia, para que los justos le vean, le gocen, y conozcan como es en sí. Entrad en vosotros mismos, pecadores, que Dios está cerca de los que le invocan en espíritu y verdad. Dexad las erradas sendas de la iniquidad, para entrar por las de la justicia por medio de la penitencia. No temais, pusilánimes! llegad con confianza al tribunal de la misericordia, que este buen Padre os espera con los brazos abiertos, deseando adornaros con la estola de su gracia. Arrojaos ya á sus

